

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Mimmi Kass

Derechos exclusivos de edición

© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,

Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: mayo de 2024

RPI: 2024-A-2677

ISBN: 978-956-408-542-5

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

MIMMI KASS

DE *amor*
Y VODKA

A mi padre.

Dicen que cada soviético tiene una bala con su nombre guardada en el Kremlin y que si mantienes la boca cerrada, cumples las normas y no te desvías del camino trazado para ti por el estado, esa bala jamás será disparada.

Yo ya he tenido el cañón de una pistola apoyada en mi frente una vez, así que en mi caso sé que es cierto.

Desde hace diez años vivo a crédito gracias a una segunda oportunidad, pero también sé que la bala con mi nombre me espera.

Solo es cuestión de tiempo.

Paz y armonía por las mañanas

La maternidad es una explosión de amor. El problema es que, en mi caso, estalla en una mezcla de mierda y purpurina a partes iguales. Ahora mismo, la mierda me llega hasta el cuello y es difícil verle el brillo a todo esto.

—¡Mamáaaaaaaa!

Esa última sílaba, sostenida hasta el infinito con la voz aguda de mi hija preadolescente me perfora los tímpanos. Cierro los ojos muy fuerte durante unos segundos. Es un intento de que la idea que orbita en mi cabeza, y que va a cerrar las conclusiones del alegato de un juicio complicado que tengo hoy, no se transforme en una gelatina informe en mi cerebro.

—Mamáaaaaa, Julito no sale del baño y necesito entrar. ¡Me hago caca! —BUM. BUM. BUM, resuenan los golpes sobre la puerta—. ¡Sal ya, imbécil!

Inspiro. Lentamente. Luego suelto el aire poco a poco. Uno las palmas de mis manos frente al pecho y presiono una contra otra para canalizar la tensión. Se supone que eso me ayudará a mantener los chakras alineados y, de paso, la calma y la paz mental.

—¡Julio! Sal de la ducha, ¡ya! —grito de manera automática.

El hecho de que habiendo tres baños completos en la casa además de un aseo, Elena necesite cagar precisamente en ese en particular es un misterio para mí.

Veamos. ¿Por dónde iba? Oh, sí. Este cabrón le va a pagar a su exmujer hasta el último peso que le debe. Además, añadiremos las costas, intereses de demora, daños y perjuicios morales hacia la madre y el menor, además de que la casa familiar quedará en usufructo también para ellos, por supuesto. La nómina entrará en su cuenta y no la va ni a oler. El hecho de que lo voy a desplumar me genera una maravillosa satisfacción.

—¡Mamáaaaa! Lo digo muy en serio —lloriquea Elena.

Escucho un portazo. Y más gritos. ¡Qué bonita es la vida en la casa Morán! Todo paz y armonía. Los ignoro, que arreglen sus problemas entre ellos. Sigo tecleando a toda velocidad mientras miro de reojo el reloj de la cocina. Acelero el ritmo, que la hora se viene encima. Ya casi no escucho los gritos, tal es mi concentración. Y entonces, el sonido de una bofetada me hace alzar la cabeza en un gesto brusco que manda a la mierda mi estudiado recogido y mi paz mental.

—¡Imbécil! ¡Me pegaste! —La voz de Julio suena indignada. Forcejeos. Empujones. Ya no soy capaz de controlar la respiración. Mis chakras se desalinean por momentos.

—El pelo, ¡no!

Subo corriendo las escaleras antes de que se desate una batalla campal.

—¡Se puede saber qué pasa! —chillo como una hidra. Noto que mis fosas nasales se abren y cierran como las de un toro a punto de embestir. Estoy hiperventilando—. ¿Es que no podemos tener una mañana tranquila?

—¡Elena me ha dado una cachetada en la cara! ¡Imbécil!—se queja Julito.

—¡Y tú llevas una hora ahí dentro, subnormal! —replica ella casi al mismo tiempo.

—¡Silencio! ¡Ya está bien! —Mi cara debe ser bastante amenazadora porque se callan en el acto—. Julio, ¡esa boca! En esta casa no se habla así. Y vístete que vamos a llegar tarde. Elena, haz lo que tengas que hacer en el baño y bajen los dos de una vez. ¡AHORA! —grito desencajada cuando veo que toman aire para replicar.

Bajo las escaleras e identifico el momento exacto en que el cabreo se diluye y da paso a la culpa. ¡Qué bonito sentimiento, la culpa! Sentirse una mierda de madre porque les gritas a tus hijos con cero asertividad; porque eres incapaz de educarlos; porque una voz maligna en tu interior te dice, con todo el peso del heteropatriarcado sobre el que cada día intentas triunfar, que necesitan una figura paterna que ponga un poco de firmeza y autoridad en la vida de tus queridísimos hijos de 11 y 13 años. Precioso. ¿Dónde está la purpurina en el asunto? A veces me cuesta encontrarla. La mierda es más fácil de ver.

Me inclino de nuevo frente al computador. A ver. ¿Cuál era esa idea brillantísima que tenía perfilada para dejar con la boca abierta al juez? Me devano los sesos en un intento de recuperarla, pero, por algún extraño motivo, solo puedo convocar la palabra «caca» con la voz de Elena. Tecleo un par de frases y siento que la idea está ahí, rondando mi cerebro, con su brillo y esplendor. Pero los niños bajan en tromba a la cocina y, ¡puf!, desaparece de manera definitiva. ¿Puede una mirar con odio a sus hijos? Más culpa. Suspiro y pongo una frase genérica que apela a la inteligencia del juez, dando a entender que no es necesario añadir nada más porque está todo muy claro, y cierro la tapa del computador.

—Vamos, hay que irse. ¿Dónde están mis tacones?

Los busco. Recolecto por el camino las llaves del Porsche, mi bolso, mi *blazer* de Chanel, pero no hay rastro de los putos zapatos.

—Mamá, el computador —me dice Julito, con expresión divertida.

—Mierda —mascullo entre dientes.

Hace tiempo que he dejado de intentarlo. Lo de no soltar garabatos en dos de cada cuatro palabras que digo delante de mis hijos. Mala madre es poco. Agarro el computador e identifico mis tacones bajo la isla de la cocina. ¿Será demencia precoz? No es normal la cantidad de olvidos que tengo. Lo que no anoto en mi Moleskine personalizada no existe y a mi casa no puedo traerme a mi procurador y asistente del bufete. Pienso en Carlos Mario y sonrío. Va a ser un abogado extraordinario, aunque todavía no pueda volar solo.

Me siento dos segundos en el pequeño taburete de la entrada en una superstición que me ha pegado mi madre y que se supone que te protege contra olvidos y despistes antes de salir de casa. Mis hijos me miran con cara de resignación.

—Vamos. Solo diez minutos tarde hoy.

Observo a mis retoños entrar corriendo por el imponente portón de hierro del exclusivo colegio británico al que asisten. Suena la campana en ese momento, así que, técnicamente, no hemos llegado tarde. Tengo los nervios un poco crispados porque he llevado el Porsche como una psicópata por las calles de Santiago en plena hora punta, ganándome bocinazos de los conductores y algún que otro dedo medio. Me ha dado igual, porque estaba concentrada además en echarles el sermón a mis hijos que tiene más por objetivo el calmarme a mí que el educarlos a ellos: amor y armonía familiar, dejar a un lado gritos y malas palabras, respeto entre nosotros... bla, bla, bla. Porque la primera que comete errores soy yo. ¿He dicho ya que soy una mala madre?

Por si no ha quedado claro.

Hola. Soy Loreto Morán Vivanco. Cuarenta años. Divorciada. Dos hijos. Abogada. *Influencer*. Y una madre de mierda.

Llego al bufete, situado en la planta veinte del exclusivo edificio del World Trade Center de Santiago. Ya he empezado mi rutina de maquillaje exprés en el coche, soy experta en ponerme el rímel y hacerme la raya sin necesidad de mirarme al espejo. Dejo los labios, hoy rojo Dior, para el trayecto en ascensor. Su espejo es perfecto para la primera *story* de la mañana. Estudio mi aspecto con ojo crítico y busco el plano en contrapicado que sé que me favorece más.

Buenos días. ¿Listas para empezar la jornada? Let's go!

Me niego a usar filtros, soy la que soy, pero sí modifico la iluminación para darle más fuerza a la foto. La subo. Últimamente, las únicas emociones positivas que me alimentan son los *likes* y el aumento sostenido de seguidores en mi cuenta de Instagram: *Mommy&Lawyer*. Triste, lo sé. Pero el café de la tienda *gourmet* más famosa de Latinoamérica me sale gratis y sé que me espera un paquete de colaboración de una *boutique* de lujo que acaba de empezar. A falta de follar, vida social y un hombre en mi vida, tengo Instagram. Viva el siglo XXI.

—Buenos días, Loreto. Estos son los pendientes urgentes que tienes que resolver hoy. Café.

—Hola, Carlitos Mario. Eres el mejor. —Muá, muá. Nos besamos en las mejillas, pero en el aire. No quiero que se me estropee el maquillaje y él no quiere lucir en su cara un rastro de mujer—. ¿Novedades?

Sonríe, depredador. Me encanta el hambre que tiene siempre de ganar, su perspicacia y su garra. Además de su aspecto siempre impecable, su agresividad un poco amanerada y la seguridad que destila desde su reconocida homosexualidad. Es joven, hace solo dos años que ha salido de la facultad. Ahora estudia un máster de derecho especializado en familia y eso impide que pueda dedicarse al cien por cien al bufete, pero él sabe que es solo cuestión de tiempo. Si hace las cosas bien, se convertirá en el socio más joven en un par de años más.

—Te tengo una sorpresa. Me ha llamado el abogado de Martínez. Quiere llegar a un acuerdo.

Alzo las cejas con cierta incredulidad. Uno de esos exmaridos escurridizos e hijos de puta que les regatean cada pensión a sus hijos y su mujer.

—¿Antes del juicio?

Carlos Mario no contesta, solo amplía su preciosa sonrisa.

—Oh, pero qué buena noticia. ¿Se rindió? —Río entre dientes—. No lo puedo creer.

Llevamos meses en litigio, pero ahora le ve las orejas al lobo, claro. Me alegro sinceramente por mi clienta, que no quiere un enfrentamiento cara a cara que airee las miserias de un matrimonio destrozado, pero que estaba dispuesta a todo con tal de asegurar un futuro para ella y su hijo. Las mujeres sin trabajo reconocido quedan muy desprotegidas en estos casos: sin sueldo, sin prestación de desempleo, sin pensión... y cabrones como su ex, que le había puesto los cuernos y pretendía dejarla poco menos que en la calle, se merecían que los

metieran en la cárcel. Por cabrones. Como no puedo hacer eso, al menos intento sacarles lo máximo posible económicamente. Es un tema de justicia moral.

—Se rindió. Sin condiciones. Está en la sala de espera.

—¿No en mi oficina? —Le doy un sorbito a mi café y me encanta cómo se dibujan mis labios en la tapa blanca del vaso de cartón.

—No. Que sufra un poquito —dice con cierta malicia.

—Me encanta tu perversidad.

Caminamos a buen paso hacia mi reino, la más grande de las oficinas, con unas vistas maravillosas de la cordillera y la ciudad.

—Está muy nervioso. Pretende llegar a un acuerdo y que se lo anunciemos al juez hoy mismo.

Echo un vistazo al reloj de mi muñeca.

—Pues tenemos todas las de ganar, porque hay que estar en la sala dentro de tres cuartos de hora —digo con una sonrisa de triunfo—. ¿Podemos sacarle algo más?

Carlitos Mario se encoge de hombros con un gesto desafectado y elegante. Una pena que sea tan joven. Y tan gay. Pone los ojos en blanco.

—Llegados a este punto, puedes pedirle que te sirva de felpudo para la puerta del bufete. Lo tienes agarrado de los huevos —expone con lucidez afilada—. Pero no creo que debamos apretarlo más. Si se endeuda, pondremos en peligro el futuro de nuestra clienta y su hijo. Que le vaya lo mejor posible en la vida... para que pueda pagar mucho y bien.

Lo amo. Es que lo amo.

—Carma, querido. Eres el mejor.

—Lo sé, mi reina.

Solo a él le permito que me denomine con un apelativo semejante. La primera vez que me lo dijo, me cabreeé con él. Turbado, me explicó que no era machismo ni falta de respeto. Es que lo era. Una diosa. Como le parecía excesivo llamarme así en el bufete, en reina se quedó. Y, secretamente, me encanta. No voy a mentir.

—De acuerdo. Vamos allá.

La negociación dura poco. El otro abogado no tiene nada que hacer salvo aceptar nuestras condiciones y lo sabe. Mi clienta respira aliviada al conocer la noticia.

Cuando a las dos horas, tras la espera inevitable por los retrasos de otros casos, nos acercamos al estrado a comunicárselo al juez, siento la necesidad de celebrar. Vamos a cobrar una fortuna con las costas más el porcentaje de la indemnización.

—Carlitos Mario, ¡te invito a comer al Baco! Nos merecemos brindar con un buen vino y atiborrarnos de comida rica.

Estoy eufórica. Me lo merezco, joder. ¿Hace cuánto tiempo que no me tomo una copa acompañada y con una carta de chuparse los dedos? Años.

Carlos Mario me mira, culpable.

—No puedo, Loreto. Tengo una cita, aunque sabes que mi prioridad eres tú. —Es un maldito embaucador, pero no puedo evitarlo. Le creo—. He quedado con mi próxima víctima y, según mis planes, hoy triunfo. ¡Pero me guardo tu invitación para una próxima vez!

—¡Oh! Pero eso es mucho más importante. Mucho éxito, querido. —Mi sensación de victoria se diluye un poco en desilusión y fuerza una sonrisa radiante—. Ándate ya. Nos vemos a las cuatro en el bufete.

Carlitos Mario tarda entre dos y tres minutos en esfumarse entre el gentío del centro de Santiago. Yo busco el encuadre perfecto, con el Segundo Juzgado de Familia a mi espalda. Me arreglo la melena rubia platino, sonrío y clic. Subo la *story*.

¡Hoy es el día perfecto para triunfar!

Lluvia de corazoncitos.

Y de pronto tengo unas ganas inmensas de llorar.